

TEORIA KANTIANA DE LA AUTOCONCIENCIA

Traductor: Carlos Másmela Arroyave*

I. Dos tipos de filosofía

Tanto las teorías filosóficas, como las tradiciones producidas por ellas, pueden dividirse en dos tipos: el sistemático y el analítico. Para el uno, la fundamentación de las premisas, que soportan el sistema, es de capital importancia, puesto que el concepto de teoría depende de éstas. El planteamiento tiene que ser defendido contra modelos concurrentes y contra objeciones afirmadas desde dentro y desde fuera. Dentro de dichas vías de la tradición, las preguntas de consolidación no pueden nunca depender de investigaciones hechas libremente en el campo de la aplicación. Filosofar de este modo es por ejemplo el platonismo y el hegelianismo.

El otro tipo de filosofía se dedica al análisis de las preguntas singulares y construye complejos argumentativos sobre problemas de detalle, en los que las premisas generales son desarrolladas como algo comprensible de suyo, y finalmente olvidadas en su problematicidad o ignoradas. Considerar su fundamentación sólo surge como tarea, cuando inconsecuencias internas e inconsistencias exigen un dictamen expreso. De esta clase de filosofía son el aristotelismo, el sensualismo inglés, y la filosofía de Kant, en particular su teoría de la autoconciencia.

No obstante haber sido la teoría kantiana de la autoconciencia una de las más influyentes en la historia del espíritu occidental y haber determinado irreversiblemente el camino de la misma, por cuanto motivó sobre todo a los pensadores idealistas, Fichte, Schelling y Hegel, en su ulterior formación, no puede hablarse propiamente de una teoría de la autoconciencia en Kant. Hay solamente pasajes en su obra que aluden más o menos específicamente a problemas de detalle y cuya más rica explicación se halla en la *Crítica de la razón pura*, en la Deducción trascendental de la segunda versión (1787), así como en el capítulo de los paralogismos, tanto de la primera versión como de la segunda (1781-87). Como es su costumbre, Kant cumple aquí más la función de innovador que de expositor. La razón radica en su interés primario por el análisis funcional en

* Conferencia dictada por la Profesora Dra. Karen Gloy de la Universidad de Luzern (Suiza), en 1985, con motivo de la celebración de los 10 años de la Carrera de Filosofía de la Universidad de Antioquia. La presente conferencia aparece en forma ampliada en: GLOY, Karen. *Studien zur theoretischen Philosophie Kants*. Würzburg, Königshausen und Neumann, 1990, donde se reseñan sus traducciones al coreano y al chino, e igualmente la presente traducción.

lugar de una sistemática consecuente. La autoconciencia sólo tiene significado para él hasta donde sirva para la erección de un sistema de conocimiento del objeto y del mundo, no en cuanto tal. A pesar de eso, la función y el papel de la autoconciencia, para la fundamentación del objeto-conciencia, no puede ser comprendido sin el conocimiento de la esencia y de la constitución de la autoconciencia. La exposición de la teoría kantiana de la autoconciencia, tema de esta conferencia, debe efectuarse por ello en dos pasos: 1. con respecto al puro y abstracto ser-para-sí de la autoconciencia, su constitución esencial, y 2. con miras a su referencia del objeto, su despliegue teórico cognoscitivo.

II. La estructura de la autoconciencia

La autoconciencia kantiana se presenta como una autorreferencia activa, conceptual, llamada "autorreflexión". Ella puede caracterizarse a través de cuatro rasgos: 1. expresa un **comprender**, no un intuir de ella misma, 2. señala una estructura no desprovista de yo, sino **egológica**, es decir **yoica**, 3. es caracterizada por la **actividad** y la espontaneidad, y 4. es concebida como autorreflexión según el modelo de reflexión, no según el modelo de producción en cuanto autoproducción. Estos puntos deben ser explicados en lo siguiente más de cerca.

1. Autoconciencia como "yo pienso"

La autoconciencia es descrita por Kant como una autorrelación pensante. Teniendo en cuenta que hay varias formas de autorreferencia (autorrelación): teóricas y prácticas, emocionales, intuitivas, intelectuales, volitivas, como por ejemplo, el sentimiento de sí mismo, el darse cuenta de sí mismo, la intuición de sí mismo, el comprenderse-a-sí-mismo, el determinarse a sí mismo, el entenderse-a-sí-mismo, etc., Kant se decide claramente por la interpretación teórica y conceptual de la autoconciencia como pensarse-a-sí-mismo. Por esta razón emplea los términos: "yo pienso" y "yo soy consciente de mí" sinónimamente.

La sinonimia no es de ninguna manera algo evidente sin más, pues el pensar significa originariamente "pensar algo", un objeto externo o interno, pero no el "pensarse a sí mismo", con lo que el objeto es el pensar mismo. También se encuentra en Kant una serie de pasajes que dan a conocer el uso diferente del "yo pienso" y del "yo soy consciente de mí". Así afirma Kant al comienzo del capítulo sobre los paralogismos (A 341, b 399) que el "yo pienso" es "el vehículo de todos los conceptos en general" y se encuentra "en todo pensar", bien sea que se trate del pensar este o aquel objeto, con respecto a los objetos esta o aquella cualidad. El "yo pienso" actúa aquí como acto simple del pensar, como la forma general del pensar y, puesto que pensar y juzgar son idénticos, como la forma general del juicio. Esta función del "yo pienso" legitima la interpretación de Heidegger en *Ser y Tiempo*, según la cual el pensar es la estructura

formal del representar, pero no algo representado (Cfr. *Sein und Zeit*, Tübingen, 1960, trad. al español: *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económico, 1968, p. 347).

Por otro lado, se encuentran pruebas de que el “yo pienso” no solamente tiene el simple significado de “pensar algo”, sino la más complicada del “pensarse a sí mismo”, con lo cual pensante y pensado son uno y el pensar entra como representado, de este modo, como representación singular. Uno de los pasajes más conocidos se encuentra al comienzo del §16 de la Deducción trascendental de la *Crítica de la razón pura*

“El yo pienso tiene que poder acompañar todas mis representaciones, pues de lo contrario habría algo representado en mí que no podría ser pensado de ninguna manera”.

Se prohíbe interpretar aquí el “yo pienso” como acto simple del pensar por dos razones: 1. El pensar, en tanto es juzgar y radica en la conexión de la multiplicidad dada en la intuición, de acuerdo con las diversas formas del juicio, tiene que estar presente siempre y en todas partes con miras a la constitución del objeto. No sólo tiene que poder acompañar la representación del objeto, sino que tiene que acompañarla siempre fácticamente, puesto que sólo él la posibilita en general. Sería desplazada la expresión del mero “acompañar”, si tuviese que expresar la relación del pensar con la intuición, que para Kant tan sólo proporciona la experiencia del objeto.

Por el contrario, el “yo pienso” mantiene un sentido plausible si se interpreta en el sentido reflexivo como autoconciencia, cuya posibilidad está dada en todo conocimiento del objeto. La conciencia que yo soy, que piensa esto o aquello, no necesita estar presente explícitamente en todo instante. Es suficiente si está presente implícitamente (de modo latente) y puede explicitarse siempre por requerimiento, pues ninguno de nosotros es consciente siempre y en todas partes de que siente, intuye, piensa, desea, quiere, etc., esto o aquello. Sin embargo, puede exigirse de modo racional que esta autoconciencia esté puesta potencialmente en nosotros y pueda ser actualizada siempre. La forma fácil y descuidada con la que Kant confunde (mezcla) las formulaciones “yo soy consciente de mí” y “yo pienso” o conceptos sinónimos, puede desprenderse de la nota al pasaje B 134. Allí se dice: “la unidad sintética de la aperccepción es así el punto más alto al que debe fijarse todo el uso del entendimiento, igualmente toda la lógica, y por ella la filosofía trascendental; aún más, esta facultad es el entendimiento mismo”.

En lugar de los conceptos “pensar” y “autoconciencia”, surgen aquí en realidad los conceptos “entendimiento” y “apercepción”, pero el entendimiento es la facultad de pensar y la aperccepción, la cual procede del latín *ad perceptio*, significa: añadir una representación y con ello, lo mismo que la autoconciencia como el pensar del pensar. Ambos conceptos son aquí identificados sin más.

Esto puede bastar para la documentación de que Kant enlaza desde el comienzo dos significados diferentes entre sí; por un lado, la autoconciencia que tiene la estructura

de una autorrelación y, por el otro, el acto de pensar, el cual radica en el juzgar y tiene una estructura intencional, es decir, está referido a lo otro y radica en el enlace de éste. La pregunta por lo que motivó a Kant a identificar autoconciencia y pensar y a interpretar la autoconciencia como una autorrelación pensante, sólo puede responderse históricamente a través de la indicación de que desde el comienzo de la época moderna, preparado por Tomás de Aquino, la producción de la autorrelación se confía sólo a los altos actos del conocimiento, al intelecto, al espíritu, al pensar. Pero hay además un argumento objetivo. Para Kant el pensar es un principio discursivo, cuya efectuación fundamental es separación y enlace. El enlace sin embargo deviene siempre separación. La tesis fundamental de Kant es que el pensar radica en una síntesis de lo múltiple referida a la unidad. También la autoconciencia, como una autorrelación, es una relación entre dos *relata* diferentes, por cuanto en la autoconciencia, el yo se descompone en un sujeto y en un objeto, en un tener conciencia (*Bewußthabendes*) y en algo consciente (pensante y pensado), si bien ambas forman una unidad idéntica. Esta estructura de una dualidad y de una diferencia internas en el yo puede mediar para la unidad del yo sólo en virtud de un principio discursivo como lo es el pensar.

2. La estructura egológica de la autoconciencia

Un segundo criterio de la teoría kantiana de la autoconciencia es su estructura egológica (yoica), la cual se hace visible ya exteriormente en la formulación “yo pienso”, “yo soy consciente de mí”. La yoidad distingue la teoría kantiana de todas las teorías no-egológicas que interpretan la autoconciencia, o bien el pensar, como una conciencia anónima desprovista de yo y de sujeto, tal como lo ha hecho Brentano, el maestro de Husserl, en su libro *Psicología desde el punto de vista empírico* y también el mismo Husserl, en la primera edición de las *Investigaciones Lógicas*, o los que interpretan la conciencia como secuencia de estados y procesos de conciencia, es decir, como historia mental provista con el mero nombre “yo”, como lo llevan a cabo los así llamados modelos de flujo y energía de Hume, James, Husserl y Sartre. En oposición a dichas interpretaciones, atribuye Kant la conciencia o bien el pensar, a un yo y se incorpora en principio con ello, a la tradición cartesiana del “*Cogito*” o del “yo pienso”.

Tal teoría está originariamente orientada hacia el modelo sustancia-accidente; según eso, el yo actúa como portador y poseedor de propiedades y acciones. Kant toma, sin embargo, una posición crítica, distanciada de esta interpretación originaria, tal como se encuentra en Descartes con el supuesto de dos sustancias independientes, la *res extensa* y la *res cogitans*; pues según la teoría cognoscitiva kantiana, todo supuesto tiene que ser probado empíricamente, por tanto también el de una sustancia pensante con las propiedades de simplicidad absoluta, indivisibilidad, indestructibilidad. Una sustancia anímica real de esta clase puede en realidad pensarse lógicamente sin contradicción, mas no puede probarse intuitivamente, pues nadie se atreverá a afirmar, haber descubierto en el mundo real una sustancia del alma simple y eterna. Lo que nos sale al encuentro intuitivamente son siempre sólo sustancias materiales, extensas, divisibles y compuestas. Todo

lo que queda respecto a esta crítica del **modelo ontológico sustancia-accidente** es el **modelo sujeto-predicado puramente lógico**, según el cual el yo sólo es un sujeto lógico, no un sustrato real. Este yo es para Kant irremplazable y presente en todo acto del pensamiento y del juicio.

El yo es también determinado aún como **sujeto** por una serie de propiedades a las que Kant se dedica sistemáticamente en el capítulo de los paralogismos. A éstos pertenece la **unidad** del sujeto y, en realidad, la cuantitativa, numérica. En todo pensar y juzgar el sujeto es uno y tiene que serlo también, si la multiplicidad de las representaciones dadas deben poder enlazarse en la unidad, pues la unidad de una conexión sensible exige un único yo. Para explicar esto con un ejemplo: si las palabras de una proposición o los tonos de una melodía se descompusiesen en varios sujetos percipientes, en lugar de hacerlo en uno único, no se llegaría nunca a la comprensión de una proposición o de una melodía. Es por tanto la unidad del objeto la que brinda a Kant el argumento para interpretar el yo del pensar y la conciencia como unificación frente a la pluralidad de representaciones.

Además, el yo como sujeto es caracterizado aún por la **identidad**. Esta consiste en la continuidad regular de la persona por encima del tiempo. Mientras, en la unidad numérica del sujeto se trata de una unidad frente a un complejo de representaciones en un **único momento**, se trata ahora de la unidad del sujeto con todo este complejo **por encima del tiempo**. A fin de que el yo pueda identificarse consigo mismo en diferentes tiempos, se exige la permanencia y continuidad del mismo. La salvación del yo por encima del tiempo, en particular sobre estados de absoluta inconciencia, como el dormir sin sueños, el desfallecimiento, el estado de coma, ha sido siempre uno de los argumentos más fuertes para la suposición de un yo-sustrato que persiste idénticamente.

3. La actividad (espontaneidad) de la autoconciencia

La tercera característica de la teoría kantiana de la autoconciencia es la actividad y espontaneidad de la misma. En la historia de la teoría de la autoconciencia se presenta una novedad cuando Kant interpreta la autoconciencia como autorrelación activa, dinámica, como relacionarse-consigo y no, como hasta ahora, en cuanto autorreferencia estática, como un estar relacionado-siempre-ya-consigo. Para Kant la autoconciencia es un acto de la reflexión.

¿Qué motivos han llevado a Kant a esta interpretación? Quisiera nombrar dos de ellos:

1. No siempre se encuentra ya dada la autoconciencia en nosotros, sino que tiene que ser producida por nosotros. Se nos puede exigir su ejecución. El postulado, apartarse del mundo externo y tornarse hacia sí mismo para producir de esta manera la autoconciencia, puede aparecernos de cierto modo como un llamado: “hazte consciente de ti

mismo”: tal exhortación sólo tiene sentido, si la autoconciencia no se halla ya presente, sino que antes bien tiene que ser producida.

2. El segundo motivo está en conexión con la especial interpretación kantiana del pensar y, a causa de la tesis de la identidad del pensar y de la autoconciencia, hay que transferirla de aquél a ésta. Para Kant, pensar significa juzgar y el juzgar consiste, en el caso más simple, en un enlace de sujeto y predicado. Pero el enlace es una acción, una actividad. Que se trata aquí de una interpretación específica del pensar, basada en premisas determinadas, es algo que no necesita acentuarse expresamente. Ella presupone por un lado que una materia sea dada al pensar para ser elaborada y, por el otro, que la materia sea una multiplicidad heterogénea, difusa, atomizada, que tiene que ser sintetizada para un conocimiento unificado del objeto. Con esta interpretación teórico-cognoscitiva se incorpora Kant históricamente en la tradición del sensualismo inglés de Locke y Hume, para quienes el conocimiento radica en el enlace de una multiplicidad de datos sensibles atomizados. En Kant, el pensamiento se añade al enlace activo.

La descripción de la autoconciencia como principio activo abre una interesante perspectiva a la filosofía de la libertad, la cual resulta de gran importancia, no sólo para Kant, sino también para los idealistas que le siguieron. Ella hace comprensible la analogía de la estructura, incluso aún, la identidad de la autoconciencia y la conciencia de la libertad, pues si se interpreta la autoconciencia como la relación-consigo y la libertad como autodeterminación, se muestra aquí el paralelismo en la construcción de ambos conceptos, que llega hasta la coincidencia. Para hacerla comprensible, tienen que llenarse ciertos requisitos.

El concepto kantiano de libertad va más allá de nuestra representación corriente. En general consideramos la libertad como condición de la acción moral. Ella es asignada tanto a la acción moral como a su falta. La libertad sólo tiene completo sentido si hay deberes y si están presentes las condiciones para su cumplimiento. Esencias fijadas completamente por determinaciones externas y sin posibilidad de decidir en pro o en contra, esencias por tanto inscritas totalmente en un nexo causal, no podrían tener obligaciones y, de este modo, ninguna libertad. Nuestro concepto usual de libertad hay que caracterizarlo 1. Como “libertad de”, a saber, de determinantes externos y, 2. Como “libertad para”, a saber, para las acciones según leyes morales, las cuales son dadas, de alguna manera, desde lo externo y frente a las que tenemos deberes.

El concepto kantiano de libertad se diferencia de esta comprensión, particularmente con respecto al último punto. También para él, la libertad quiere decir en realidad, “libertad de la determinación externa”, así como “libertad para una acción según la ley moral”; sólo que esta ley moral se halla en la libertad misma. La libertad no es aprehendida solamente como principio espontáneo, es decir, como principio causal –poner a partir de sí algo en camino–, sino al mismo tiempo, como principio de constitución en sentido formal, pero no del mismo modo con respecto al contenido. La libertad contiene la

norma en sí, que realiza por su acción. No toma leyes de lo exterior, sino que ella misma produce leyes en y por su acción, así en el imperativo categórico, que quiere decir: "Actúa de tal modo que la máxima de tu voluntad siempre pueda valer como principio de una legislación general". En tanto la voluntad es libre, porta ya en sí la ley: la libertad no menciona por tanto la arbitrariedad sin límites, sino el seguimiento de una ley moral inmanente. Libertad significa libertad regulada.

En tanto la libertad muestra estos dos caracteres: 1. la causalidad, es decir, la aptitud de desprenderse de lo otro y situarse sobre sí mismo y, 2. la legislación, es decir, la aptitud de su autodeterminación y regularidad de la libertad en el actuar, muestra una exacta correspondencia con la autoconciencia, que igualmente es **desprendimiento de lo otro y un dirigirse hacia sí** en el acto de reflexión, y, en el acto del pensar, principio de **donación de unidad según reglas**. También el pensar es una actividad reglamentada. El paralelo en la construcción de la autoconciencia y de la libertad tiene que plantear la pregunta por la relación de ambas y, además, por la relación de la filosofía teórica y la práctica.

Kant ha explicado diversas posibilidades sin decidirse en último término por una determinada. Se ofrecen tres posibilidades principales:

Conforme a la primera, corresponde un **primado a la autoconciencia**, mientras la libertad es considerada como **derivado**. Para la relación de la filosofía teórica y práctica esto quiere decir que la filosofía práctica es una consecuencia de la teórica. La ley moral aparece aquí como una aplicación de la exigencia de la regla de la razón. La segunda posibilidad supone la relación contraria, en tanto trata la **filosofía teórica** como consecuencia de la **práctica**. La libertad es válida aquí como la piedra angular de todo el sistema de la razón. La filosofía se realiza en la libertad. La tercera posibilidad señala la **coincidencia** de autoconciencia y libertad y con ello de la filosofía teórica y práctica. La **autoconciencia** se muestra aquí **al mismo tiempo** como conciencia de la libertad y viceversa. Esta posibilidad, sólo indicada por Kant, se encuentra realizada en los sucesores idealistas, sobre todo por Fichte. Aún más que Kant, él acentúa el carácter activo de la autoconciencia y así, la identidad con la libertad. Al mismo fin sirve en Fichte el reemplazo del teorema kantiano de **reflexión** por un **teorema de producción**. El yo no es considerado más por Fichte como algo previo dado que simplemente retorna a sí, sino como algo que, en general, recién se produce. El lema de Fichte reza por tanto: "el yo se pone a sí mismo", es decir, se produce a sí mismo como un Dios creador. Muestra con ello la misma estructura que la libertad y la autonomía.

4. Autoconciencia como reflexión

En lo concerniente al cuarto carácter de la teoría kantiana de la autoconciencia, ésta se caracteriza según el modelo de reflexión, a diferencia del modelo de producción. Se la interpreta como la **autorrelación**, en la que se parte de sí y retorna a sí. Lo característico

estriba en que el yo es considerado como algo dado previamente (encontrable) que en un movimiento de la reflexión sólo retorna sobre sí mismo, pero no puede producirse a sí mismo.

La interpretación de la autoconciencia es, según el modelo de la reflexión, la más antigua y de ahí la más confiable. Esto deviene claro en una reflexión más simple. ¿Cómo se realiza la autoconciencia? Por lo visto, de modo que nos apartemos del mundo exterior, con el que estamos ocupados cotidianamente y nos dirijamos hacia nosotros mismos, de tal manera que el mundo exterior no sea más objeto para nosotros, sino el mundo interno y con él, el propio sujeto. Este giro hacia sí del haz de la conciencia o de la intención sobre sí mismo, es interpretado por medio del modelo físico de la reflexión de la luz. Así como un rayo luminoso parte de una fuente de luz y revierte en sí mismo sobre la pared que se encuentra enfrente, así también el rayo de la conciencia que parte del sujeto, revierte desde los objetos externos hacia el propio sujeto.

El modelo de la reflexión tiene su buen y justo sentido cuando es tomado como tematización y explicación de algo ya existente, pero oscuro y vago. La reflexión supone la existencia de lo concerniente en lo que se refleja; en nuestro caso, la existencia de la autoconciencia. Ella no la explica, sólo la aclara. Si se toma empero en consideración la reflexión para la explicación de la realización de la autoconciencia, como en Kant, se producen dificultades insuperables. En éstas se trata de la estructura circular de la autorreflexión. El pensamiento fundamental consiste en suponer justamente, en esta explicación, un yo-conciencia que debe explicarse por un dirigirse hacia sí mismo, acusando con ello una petición de principio, en la que lo que se explica entra ya en la explicación. En lugar de explicarse, se sustrae; en lugar de entrar en sí, gira constantemente en círculo sobre sí. Kant ha expresado estos pensamientos fundamentales en varias versiones, una de las cuales quisiera exponer más exactamente.

Esta versión es de tipo general y puede desarrollarse independientemente del marco en que se encuentra, es decir, de la teoría kantiana del conocimiento. En el capítulo de los paralogismos (A366) dice Kant:

“puesto que yo... cuando quiero observar el mero yo en el cambio de todas las representaciones, no tengo otro correlato de mis comparaciones que de nuevo yo mismo con las condiciones generales de mi conciencia, no puedo dar sino respuestas tautológicas a todas las preguntas, en tanto atribuyo a mi concepto y su unidad las propiedades que me corresponden a mí mismo como objeto y eso presupondría lo que se deseaba saber.”

Si quiero decir quien soy yo, sólo puedo hacerlo en la medida en que declare ya como mías las propiedades percibidas. Si pregunto por la legitimación de esta declaración, únicamente puedo fundamentar esta misma, en tanto dé pruebas de que estas propiedades son conocidas ya como mías. Tengo como punto de referencia de la compara-

ción, que sirve para decirme a mí mismo a través de qué propiedades soy yo definido, tomarme a **mí mismo** y suponer de hecho lo que deseaba saber. Se muestra aquí que en el intento de aprehenderse a sí mismo, el yo gira en un círculo, pues en este intento, siempre tiene que servirse ya de sí mismo. Este círculo es ineludible epistemológicamente.

Esta estructura circular fue en último término lo que llevó a Fichte a ir más allá de Kant y a reemplazar el modelo de reflexión por un modelo de producción, en el que el yo se produce a sí mismo y no reflexiona simplemente como algo previamente dado. Hegel por lo demás recae de nuevo en la posición prefichtean y se adhiere nuevamente a Kant en la interpretación de la autoconciencia.

III. La autoconciencia y su referencia al objeto

Hasta ahora, la autoconciencia fue expuesta tomada puramente en sí misma, analizada su estructura interna y mostradas las dificultades en que incurre la interpretación kantiana. Tiene que completarse ahora aún el segundo gran paso anunciado al comienzo, a saber, la presentación de la relación de la autoconciencia con la conciencia del objeto.

Kant señala el “yo pienso” como el “punto más alto” de la filosofía, “al que tiene que prenderse todo uso del entendimiento, igualmente toda la lógica y por ella, la filosofía trascendental” (B134). Esta conocida afirmación del §16 de la deducción Trascendental puede comentarse diciendo que la autoconciencia juega el papel del más alto principio de la filosofía, desde el que se muestra en un **primer** paso, en la denominada Deducción **metafísica**, que las formas del pensar y del entendimiento, las llamadas categorías, son deducidas y, en un **segundo** paso, en la denominada Deducción **trascendental**, la referencia de las formas del entendimiento a la intuición sensible. A la autoconciencia le corresponde, con ello, el status de un principio de la deducción, en el sentido de un **fundamento del ser y de la explicación del mundo**.

Para comprender más exactamente el significado y los alcances de la autoconciencia en el conocimiento del mundo y del objeto en Kant, es necesario actualizar los modos generales e imaginables de interpretación de la **posición de la autoconciencia para la conciencia del objeto**. Son pensables por lo menos tres interpretaciones:

1. Uno podría representarse que autoconciencia y conciencia del objeto existen **independientemente** la una de la otra de modo relativo y sólo se encuentra entre sí en una clase de **relación de dependencia**, de tal manera que la conciencia del objeto depende de la autoconciencia. Tal concepción se halla en la filosofía de Descartes, consideradas la *res cogitans* y la *res extensa* como dos ámbitos **independientes** de ser, si bien con el **dominio** de la *res cogitans*. La *res extensa* y el conocimiento del objeto que se basa en ella, es considerado aquí solamente en una relación de dependencia del conocimiento en sí mismo. Puesto que según esta concepción, sólo es posible el conocimiento del mundo

por la vía metódica del conocimiento de sí mismo, este concepto puede nombrarse **idealismo metódico**.

2. Si se comienza seriamente con el pensamiento de que la autoconciencia no sólo tiene el status de un principio de vía metódico, sino el fundamento de una deducción **metafísica**, se llega así a modos metafísicos de idealismo. También aquí pueden distinguirse dos **idealismos** el **formal** y el **material**. Se llega al primero cuando se considera la autoconciencia solamente como *de deducción formal*, del cual son deducibles las formas de los objetos. Según esta concepción, el conocimiento del objeto y del mundo sería un **producto formal del yo**. El conocimiento del objeto sería únicamente dependiente del yo, según la **forma**, mientras que la materia tendría que ser dada por el ser-en sí de los objetos mismos.

3. El **idealismo material o absoluto** supone, además de eso, también una **productividad material** del mundo a partir de la autoconciencia.

Si se intenta ordenar la filosofía kantiana en este sistema de posibilidades, se tiene que ver claramente con un **idealismo formal**. La filosofía de Kant es filosofía trascendental, es decir, prueba de las condiciones **formales** de la posibilidad de nuestro conocimiento.

La autoconciencia, como algo en sí mismo pensante, es para Kant solamente una forma **sin contenido, vacía**. Sólo expone las formas generales de los objetos, bajo las cuales puede comprenderlos, mientras que el contenido, el qué del pensar, tiene que ser dado desde fuera. Mas como el “yo pienso” es siempre un “yo pienso algo”, en el que el pensar se relaciona con un objeto, pero este objeto no puede deducirse por el pensamiento mismo, él tiene que proveer al pensamiento. La facultad que proporciona la materia es la **intuición sensible**, la cual en cuanto facultad receptiva toma lo dado previamente. Aquí se encuentra el lugar sistemático para la necesidad de la introducción de la intuición sensible junto a la facultad del pensar. En la medida en que la intuición provee la materia del conocimiento, se manifiesta como una facultad **completiva**.

Exactamente en este lugar se planteará la filosofía idealista e irá más allá de Kant; pues para ella el “yo pienso” no es sólo una forma vacía de enlace, que no puede prescindir de una materia externa, sino una forma que encuentra la materia en sí misma. El idealismo fundamenta esta perspectiva mediante un recurso a la estructura de la autoconciencia, en la que ve una relación de dos *relata* que proporcionan, no obstante, una unidad y una identidad y forman con ello una **pluralidad interna**. En la autoconciencia se escinde el yo en un sujeto y en un objeto, con ello en dos **miembros diversos** que sin embargo, son **uno e idéntico**. Puesto que la autoconciencia implica ya por tanto una pluralidad, no sólo permite un fundamento de deducción **formal**, sino que proporciona también un fundamento de deducción **material** del mundo. Pero son Fichte y Hegel quienes han escalado esta altura especulativa, en tanto elevan la **autorreflexión crítica**-

trascendental a un conocimiento de sí mismo-trascendental-especulativo. Para ellos, el “yo pienso” no es más solamente una forma vacía del pensar referida a la intuición, sino algo que enlaza igualmente pensar e intuir. Puesto que en la autoconciencia el yo en sí mismo se divide en un sujeto y en un objeto, ingresa en la pluralidad, en la materia, de modo que al superarse en esta división de sí mismo y en la contrariedad, retorna a la unidad originaria. La conciencia que retorna así en sí misma, se comprende como unidad originaria de yo y objeto, de forma y contenido, de unidad y pluralidad, de pensar e intuición.

Si se reúnen los resultados de la teoría kantiana de la autoconciencia, ella se presenta como ambivalente. Por un lado, Kant se ha mantenido, con respecto a la tradición de la teoría, en las representaciones proporcionadas por los antiguos, así como por ejemplo, en la estructura reflexiva de la autoconciencia. Por otro lado, ha introducido innovaciones fundamentales y una serie de pensamientos fructíferos y de gran alcance, como la tesis de la actividad, que lleva a la autoconciencia a la cercanía disponible para la conciencia de la libertad. Sus sucesores pudieron adherirse a ella y ampliarla ulteriormente. La propia teoría de Kant se queda en una mezcla de lo antiguo y lo moderno, de lo tradicional y lo venidero anhelado, así como Kant mismo toma una posición mediadora en la historia de la filosofía entre dos mundos. A pesar de todo progreso, ha quedado atascado a mitad de camino con su teoría de la autoconciencia, así como también con muchas otras teorías y ha dejado el desarrollo y la consumación a los continuadores del idealismo.

LA TEORIA KANTIANA DE AUTO- CONCIENCIA

Por: Karen Gloy

**KANT * CONCIENCIA Y AUTO-
CONCIENCIA * IDEALISMO TRAS-
CENDENTAL * METAFISICA**

RESUMEN

No existe propiamente en Kant una teoría de la autoconciencia, pero sí hay elementos para ella, aunque problemáticos, por oscilar entre el pasado cartesiano y el desarrollo idealista posterior. Tales elementos hacen parte de la explicación emprendida por Kant, de un sistema del conocimiento objetivo. La estructura de la autoconciencia es la de una autorrelación pensante: comprensiva, yoica o egológica, espontáneamente activa y libre, y autorreflexiva. La referencia objetiva de la autoconciencia orienta la problemática filosófica crítica original de Kant hacia la filosofía-idealista.

KANT'S THEORY OF SELF-CONSCIOUSNESS

By: Karen Gloy

**KANT * CONSCIOUSNESS * SELF-
CONSCIOUSNESS * TRANSCEN-
DENTAL IDEALISM * METAPHY-
SICS**

SUMMARY

Properly speaking, there is no theory of self-consciousness in Kant, but there are elements leading to it, though problematic, due to their oscillating between a Cartesian past and a subsequent idealistic development. Such elements make part of the explanation undertaken by Kant of a system of objective knowledge. The structure of self-consciousness is that of a thinking self-relation: comprehensive, I-related or egological, spontaneously active and free, and self-reflective. The objective reference of self-consciousness guides Kant's original critical philosophical problematic towards an idealistic philosophy.